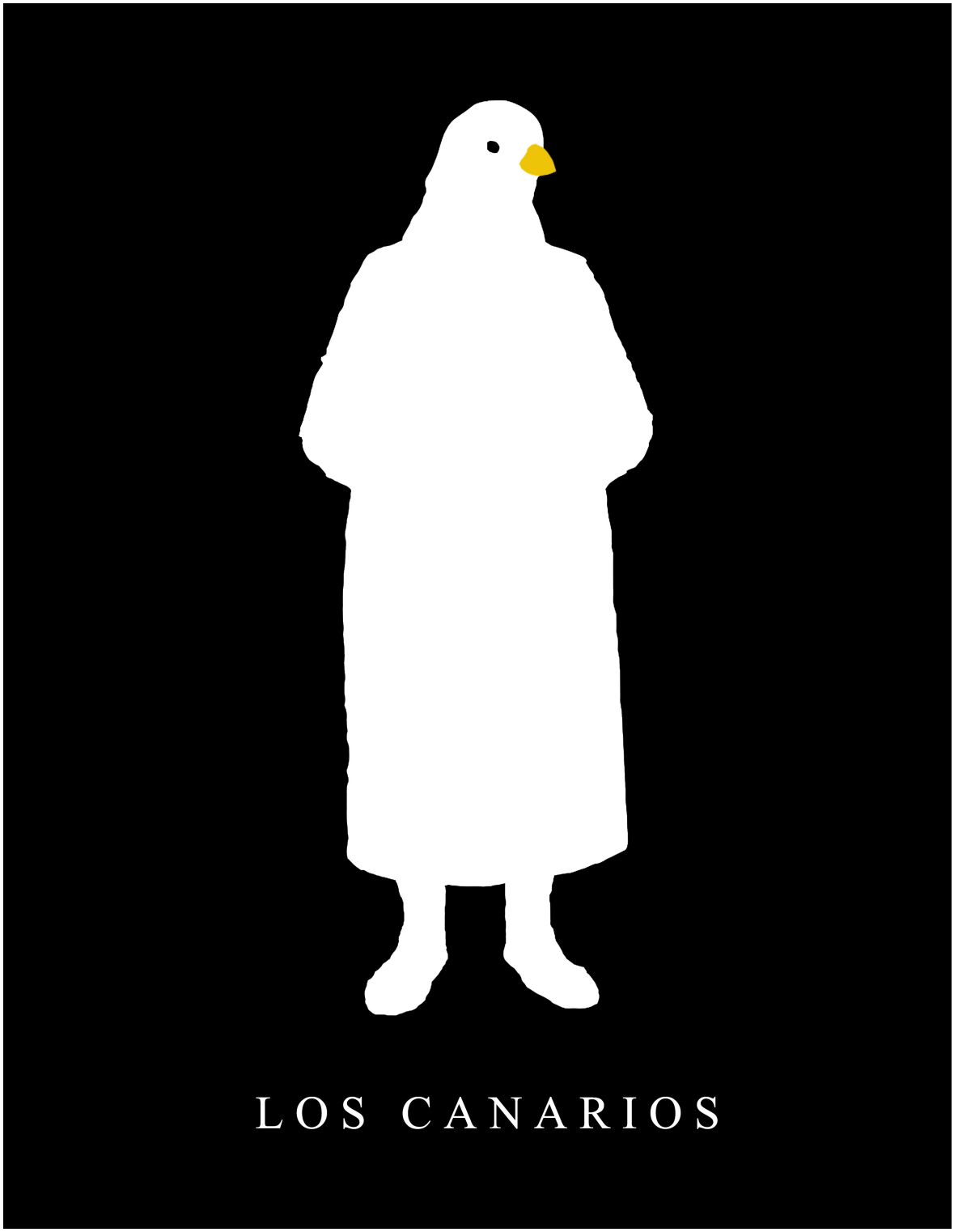
Los canarios

Felipe Trigo



Capítulo 1

Los canarios

El dueño me había dicho que la casa fue de su madre y que hace tiempo la había recibido en herencia. También aclaró que vivía en el último piso, que era el cuarto, junto con los canarios que habían sido de ella, y que naturalmente él seguía cuidando a manera de conservar un recuerdo vivo. Aunque con el tiempo se propuso arrendar los pisos inferiores, que fue uno al de los que yo llegué a vivir. Antes me pidió como favor, que en realidad era una condición, de que precisamente yo no me fuera a molestar por aquello de vivir con los canarios. De manera que acepté, no siendo para mí en absoluto molestia. Incluso quise comprometerle mi ayuda. Asunto por el que se negó tajantemente, solo por no querer aprovecharse de mi buena voluntad.

El dueño era un hombre pequeño, de ojos redondos y vivos, que siempre vestía un gran abrigo largo que le tapaba hasta los pies, cosa que le daba un aire esponjoso y regordete. Y aunque siempre se expresaba totalmente animoso, yo tenía la idea de que había algo nervioso y cansado en sus maneras. Aunque quizá solo eran sus mechas amarillentas y duras, peinadas hacia atrás, las que lograban causarme algún otro tipo de impresión. De las veces que lo había visto llegué a pensar que su única dedicación, además de lo de los canarios, era cuidar el jardín que crecía en el patio de la casa, y que yo también podía ver desde mi habitación que quedaba en el primer piso. Por eso recuerdo que una tarde calurosa salí al jardín, que era frondoso y largo, y como además fumaba bastante, quise prender un cigarrillo porque me había dado el ánimo de distraerme en algunos sucesos del día. Entonces sentí que aquel ámbito de tranquilidad me ayudaría a resolver las ideas enmarañadas. Así que me puse a dar fumadas a la vez que con largos pasos me dedicaba a andar entre las plantas. A momentos me detenía abstraído frente a alguna hoja que repentinamente tenía la forma de mis pensamientos. Otras, lo hacía sobre aquellos helechos y trepadoras que, por observar mucho, se terminaban entrometiendo en mis ideas como grandes arañas oscuras. Fue en eso que ya estaba casi al fondo del jardín, cuando vi unas gruesas enredaderas de flores blancas deslizándose por todo aquel costado del edificio, hasta que bastante arriba se metían por las ventanas abiertas del último piso. Quizá nada me pareció extraño porque en el fondo quise entender que los canarios, y que todos los pájaros en general, no podrían llevar sus vidas sin rodearse de plantas. Me quedé husmeando un momento hasta que sin esperarlo —creo que siempre sucedía sin esperarlo— apareció el dueño saludándome distendidamente, tanto que nos pusimos a charlar un momento. Me fijé que traía una caja cuadrada bajo el brazo, agujereada y sellada por todos los bordes de la tapa. A pesar de que unas aceitosas gotas de sudor que casi rodaban por sus cejas, haciéndolo parecer agotado, tuvo la buena voluntad de contarme

por qué se había visto en la necesidad de negociar con los otros pisos. Me comentó también que yo era el primer inquilino que llegaba en mucho tiempo, y otras cosas más que eran importantes pero que ya no recuerdo. Aunque a pesar de todo terminé entendiendo que, en contra de otras cosas que él hubiera deseado, los arriendos le permitían vivir sin desligarse de sus asuntos, incluyendo el de los canarios. Creo haberle ofrecido otra vez mi ayuda, a lo que él nuevamente se negó con un gesto casi de compasión, preguntándome finalmente si es que todo iba bien. Yo solo le confesé —y este fue uno de los pensamientos que me venía revolviendo las ideas— mi extrañeza por no haber oído cantar en ningún momento a los canarios, o siquiera haberlos sentido alborotarse dentro de sus jaulas. Insistí también preguntándole en qué tipo de molestias podrían causar a los inquilinos si en realidad daba la idea de que no estuvieran. «No se preocupe», respondió, porque «con el tiempo ya se han acostumbraron a la oscuridad y al silencio, razón por la cual difícilmente usted pueda oírlos cantar o alborotarse». Pude comprobar, sin embargo, que a causa de su actitud nerviosa, el dueño parecía gesticular con trabajo. Como si por masticar las palabras antes de hablar, unas pequeñas arrugas comenzaran a anudarse sobre sus labios. De todas formas se molestó en tranquilizarme diciéndome que con la comida bastaba para que los canarios estuvieran bien —dándole unos golpecitos a la caja— y que yo podía sentirme definitivamente en paz.

Otra noche que tuve insomnio, y que ya me había hecho la idea de que en realidad los canarios eran un invento del dueño para hacerme creer quién sabe qué cosas, fue cuando pasó que los escuché. Como era la primera vez que sucedía, no pude adivinar si es que efectivamente cantaban o si incluso se trataba de canarios. O al menos esa fue mi impresión. Porque era una especie de silbido que a momentos parecía fundirse bajo un débil murmullo. Estuve seguro de que no provenían del jardín, sino que desde algún rincón de la casa, aunque indeterminando a causa de la inconsistencia de mis ideas que a esa hora todavía intentaban cuajar. En el instante en que quise saberlo, pues ya me levantaba silenciosamente, escuché que el dueño se acercaba a pasos complicados pero definitivos, que se oían como calcetines mojados al chocar contra la madera de los escalones. Pasó frente a mi puerta y adiviné enseguida que siguió en dirección al jardín. Al instante pude ver por la ventana que afuera comenzó a recoger ramas secas que luego iba juntando bajo el brazo. Lo hacía hábilmente, contrario a su complexión física, incluso dando un par de saltitos a medida que se iba moviendo de un lado para otro. Cuando tuvo un buen montón volvió a meterse a la casa y, de la misma forma cansada, subió tal como había bajado. Creo que quise hilar algunas impresiones que se me habían vuelto confusas, pero terminé por encender otro cigarrillo como para terminar de pensar en los canarios y en aquella situación.

Desde esa noche en que había escuchado a los canarios, yo noté que el dueño se mostraba todavía más nervioso de lo común. Me lo había topado

algunas veces, pero siempre parecía dispuesto por hacer algo urgente. Y quizá hasta había olvidado que yo le mencioné tener el pago del primer mes de arriendo. Se notaba agitado y hasta había dejado de lado el jardín, dado que solo se limitaba a visitarlo para juntar hojas y ramas que acarreaba de vuelta a su piso. También sus saludos eran desinteresados, como si adivinara que yo lo fuera a incomodar con alguna pregunta. Pasó que otra tarde, mientras pensaba en lo del dueño y otras cosas más, yo había estado fuera de mi habitación y ya me disponía a prender el segundo cigarrillo. Entonces apareció el dueño. Venía entrando por el zaguán que era angosto y bien iluminado, y que dirigía hacia las escaleras del edificio. Se veía igual que siempre, solo que en esos días había estado usando un sombrerito de paño oscuro para cubrirse las mechas, que a mi parecer le habían crecido bastante en poco tiempo. Traía otra vez la cajita bajo el brazo y al verme pareció incomodarse. Lo saludé interesadamente y él quiso esforzarse en ponerme atención sin parecer desconsiderado. A modo de saber qué cosa pudo haber sido —curiosidad innecesaria—, lo de la otra noche, quise explicarle mi idea sobre lo que yo venía entendiendo de las cosas. Le di mi punto de vista sobre lo del cuchicheo y le reiteré largamente mi impresión sobre lo extraño que me resultó que los canarios no cantaran o que cantaran de esta o aquella forma absurda. También le mencioné haberlo oído salir al jardín a cierta hora que no le mencioné, y además alguna otra cosa de la que se desentendió. En eso, visiblemente irritado y como buscando recriminarme por algo, el dueño pareció tomar bastante aire y pestañó rápido:

—¿¡Podría usted hacer el favor de… apagar el cigarrillo!? —Ordenó, redondeando su boca.

Luego se oyó un débil silbido que lo hizo encoger de labios, a la vez que sus pupilas se dilataron hasta oscurecer completamente sus ojos. Como ya se notaba bastante acalorado, casi hasta la exasperación, llegué a sentirme bien nervioso. Entonces apagué el cigarrillo contra una suela y casi sentí cómo aquel silbido de antes persistía dentro de su pecho como un silbato viejo. Sin embargo, luego noté que se sintió profundamente irresponsable, porque me miró con inocencia y sinceridad.

—Mire usted… disculpe —empezó cansado—, siéntase en su casa. Yo no quisiera molestarlo con mi actitud, pero los canarios se han estado inquietando y estoy intentando encargarme de ellos. Además —tosió— el humo de los cigarrillos no les agrada y… Bueno, bueno… ¿Me entiende usted?

Luego de que yo asentí sin decir palabra, el dueño, sin otro tipo de formalidad, aunque más tranquilo e insistiendo que yo estaba en mi casa, hizo una reverencia forzada y se perdió escaleras arriba. De esa vez recuerdo haber pensado que de verdad los canarios hayan podido ser

sensibles al humo de los cigarrillos.

Pero ahora, entre todos los hechos que después me fue posible clarificar, describiré solo los menos confusos. Acaso porque entre la maraña de mis recuerdos hay algunos que pudieran caer en contradicciones.

Otra noche, después ocurrió que yo me había dormido amargado por una extraña desilusión o un sentimiento parecido. Por eso, como cualquier sobresalto me arrebataba el sueño, me desperté al oír muy cerca de mi puerta el canto de un canario. De primera y presintiendo la actitud del dueño, no quise hacer nada. Pero como el silbido persistía, tuve la necesidad de atender a lo que fuera. Cuando me abrigué y abrí la puerta, pasó que encontré a un pequeño canario a mis pies. Tenía su plumaje amarillento y descuidado. Al principio estaba quieto, pero al verme comenzó a dar saltos queriendo huir. Quizá llevaba algún tiempo allí, si mucho o no, tampoco tuve cómo saberlo. De todas formas no recuerdo qué impresiones tuve en ese instante. Pasó que cuando lo tomé su canto fue aún más débil y pude saber que estaba herido, porque una costra de sangre había inmovilizado una de sus alas. Luego terminé por imaginar que lo más parecido a su herida podía ser algo como un mordisco. Entonces cuando lo protegí entre mis manos sentí que el pajarillo era como un corazón vivo y caliente que se agitaba a cada suspiro, mirándome con unos ojos redondos y húmedos que me hicieron pensar en los del dueño. A momentos giraba su cabeza como para encontrarme la vista, y cuando quise guardarlo en un bolsillo, por si acaso se sintiera protegido, se aferró a mi piel sin querer soltarla. Recuerdo que pensé que nunca había sentido el miedo de un animal, o quizá nunca había imaginado que los animales sintieran tal miedo. Entonces, con sentimientos contrarios, me dispuse a entregárselo al dueño. Cosa que podría llegar a molestarlo de verdad, pero que resolví hacer de todas formas. Sin embargo no quise llevarlo enseguida. Acaricié al canarito un momento hasta que pareció dormir. Pero siempre que quería guardarlo en mi chaqueta comenzaba a agitarse, y otra vez yo sentía aquel corazón vivo latir. Por eso lo mantuve entre mis dos manos, a manera de nuez, apoyándolo cuidadosamente sobre mi pecho, preguntándome también si es que la ausencia de aquel canario habría alterado todavía más al dueño.

Pasó que de pronto sentí el ánimo, muy sincero, de ir en busca del dueño y querer hablarle como a un amigo. Porque también imaginé que llevar aquella vida de soledad en un apartamento podría llegar a entristecer a cualquiera. Por eso se me dibujó gratamente en la cabeza lo que pensaba decirle: «!Querido señor, mire... no, por favor, no lo sientai Se ha escapado uno de sus canarios y... Está bien, está bien, no se disculpe. Yo también me alegro mucho y…». Cosas que a momentos desestimaba. Porque cuando uno considera relacionarse con alguien y los sentimientos de vuelta son confusos, las cosas terminan por convertirse nada más que en amarguras. Creo que entonces, cuando empecé a subir las escaleras y

acaso considerando el desenlace que tendrían los acontecimientos, me sentí seguro y quizá hasta estaba contento. Y aunque mis ideas no pudieron dar con el motivo por el que nunca me había dado por subir las escaleras, ya había acomodado al canario contra mi pecho y él solo atinaba a mirarme como con una actitud de agradecimiento. Al serpentear por el descanso del piso siguiente, mis pasos provocaron que las tablas de los peldaños crujieran molestamente, y mientras más seguía subiendo más iba teniendo la idea de que los pisos superiores estaban en muy mal estado; el color de los muros desteñido por el tiempo y el piso cubierto de una pátina espesa y oscura. Me daba la impresión de que todo movimiento causaba algún eco que retumbaba como voces al llegar arriba. Creo que el canario hizo un ruido y yo, como sintiéndome delatado, intenté callarlo. Cuando llegué al piso del dueño, tal fue mi impresión al ver que todo parecía en completo abandono, que incluso sentí que el aire me llegaba como viciado por un hedor a algo que no pude adivinar. Incluso creo haberme sobresaltado más de lo debido, porque además las enredaderas se habían tomado gran parte del lugar y unas raíces de perfil huesudo corrían como sombras sobre los muros hasta meterse dentro del apartamento. Como la puerta estaba apenas junta, logré abrirla a un solo impulso. En el interior, junto con un murmullo similar al de la otra noche, que parecía resonar en el aire como un aleteo de insecto, se amontonaban sobre las repisas y muebles viejos, sillones rotos y otros objetos desbaratados, cientos de nidos vacíos quizá abandonados hace años atrás. De inmediato imaginé que eran de canarios y aunque estuve seguro de cómo mis ideas fueron cuajando en una especie de temor, decidí contradecirlas. Por alguna razón no me detuve. Seguí. Intentaba avanzar sin que mis pasos sonaran. El sudor me había comenzado a brotar desde la espalda igual que un hormigueo. Repentinamente desde algún lugar, aquel murmullo antes indescifrable se hizo de todas formas humano. Caminé hasta entender: «Se irá… se irá pronto como los otros. Yo mismo me encargaré…». Recuerdo haber sostenido la respiración mientras se me aclaraba en la mente la voz del dueño: «No se agite más. No se agite…». Entonces, cuando di un paso hacia el costado, creí haber roto algo con mis pies. Al mirar, estaba parado sobre una montonera de cascarones y restos de huesos; pequeños y frágiles huesitos de canario. Tuve una sensación de náuseas, acentuada por aquel hedor que se había vuelto más intenso. En eso tuve la decisión —luego me arrepentí de aquel error— de llamar adentro. Lo hice solo una vez y mi voz, seca, pronto se desvaneció entre la densa oscuridad de los rincones. También, por un momento, dejó de oírse murmullar. Seguí caminando. La mezcla de huesos y desechos de pájaro se extendía ahora por todo el piso. El hedor a descomposición —en ese momento lo adiviné— provenía desde la última habitación, de la que también se colaba afuera apenas un resplandor como de luz espolvoreada. En eso había comenzado a oír nuevamente la voz del dueño: «No es nada, ¿qué cosa? No se oyó nada», decía cuchicheando. Cuando finalmente me hallé frente al cuarto, y alimentando un coraje que hasta ese momento ignoraba, sigilosamente abrí la puerta. Entonces la náusea casi terminó

por sofocarme.

El dueño estaba allí —el ámbito iluminado por una lámpara de débil luz—, de pie frente a una jaula de proporciones exageradas, oscura y sebosa. Dentro de ella, encorvado sobre una cama de hojas y ramas secas, descansaba un ser con el aspecto de un canario; unas protuberancias que le brotaban desde los brazos y el lomo cubrían su piel a manera de gruesas plumas. Sobre su rostro, que aún podía reconocerse humano, las arrugas se iban anudando hacia su boca conformando una escara parecida a un pico. Con ternura paradójica al morboso cuadro total, el dueño acariciaba con especial cuidado al ser mientras le iba dando en la boca los canarios, quizá muertos, que alcanzaba desde la caja agujereada y que el pájaro se dedicaba a masticar lentamente. Creo haber hecho un quejido de espanto porque entonces aquel ser, lanzando un chillido que pronto se ahogó en la habitación, me buscó a espaldas del dueño, quien alertado pero también visiblemente sorprendido, apenas pudo girar y articular unas palabras.

—¡Pero usted… cómo… Qué hace! ¿¡Y eso!? —chilló el dueño, deformando sus expresiones.

Entonces, seguramente paralizado por el horror, yo ignoré toda idea posible para concebir aquella escena. No fue hasta el instante en que de una forma pesada y difícil el dueño movió su cuerpo, que pude ver sus pequeñas patas de canario, avanzando luego hacia mí a saltos por sobre un charco de deshechos acumulados junto al ser:

—¡Démelo, es nuestro. Es nuestro canario! ¿¡Qué cree que hace!?… ¡Voy a…! —Siguió vociferando, hasta que un borboteo de saliva terminó llenándole la garganta, provocando también que emitiera un silbido igual al de un canario, pero de manera grave y estrepitosa según su naturaleza repulsiva se lo permitió.

Creo que con mis últimas fuerzas salí de la habitación y me mantuve un momento firmemente contra la puerta. Luego volvió a gorjear algo inentendible. Entonces corrí tambaleándome hacia la entrada —distancia que me pareció insalvable— y seguí como pude mientras el chillido, perdiéndose en el fondo del lugar, se convertía ahora en algo como un llanto doloroso y hasta casi amable.

—¡Regrese, por favor! ¡Se lo suplico! —escuché que gritaba—. ¡Por favor, no le cuente a nadie lo de mi madre!

Y mientras corría, tropezando contra las escaleras y ahogándome en jadeos de pánico, yo no supe si lo que sentía latir violentamente contra mi pecho, como un animal vivo, era mi corazón o el pequeño canario todavía arrullado.